

El caballero, la muerte y el diablo

(Ante el grabado de Durero).

*Hierro el duro semblante y hierro la armadura,
en la izquierda la brida, sobre el hombro la lanza,
por áspero camino —hosquedad y pavura—,
el caballero de Durero avanza.*

*En el anca potente del peceño arrogante
—corta crín, breve testa, callo fuerte—,
golpea la contera del montante,
redoma larga y fina del licor de la muerte.*

*Y, al mandar de la rienda que con pulso sereno
templa el jinete impávido con gallarda maestría,
dócil y fiel a lo que pide el freno,
el pisador es canon de aplomos y armonía.*

*Hispida la pelambre y de la oreja
la tremente ternilla gacha y acobardada,
un lebrel al caballo se empareja,
ventor hocico y escurrida ijada.*

*Sombroso es el sendero de maleza y herbaje;
y, como una esperanza que se quedara lejos,
por un claro adivínase el feudal almenaje
que de un burgo corona los murallones viejos.*

*Hay troncos que aun conservan las hondas cicatrices
que les marcara el lívido culebrear del rayo
y, desnudas de tierra las podridas raíces,
oponen su barrera a jinete y caballo.*

*Y hay, en todo, esa angustia lancinante,
de pesadilla y realidad mezclada,*

*que entre vigilia y sueño, deja por un instante
la sangre en nuestras venas coagulada.*

*¿Dónde va, recto y firme, el caballero...?
¿Cómo en el frío cabalgar no advierte
que a zaga y diestra estórbanle el sendero
por espolique, el diablo, de escudero la muerte?*

*Aqué! —porcina testa, pezuñas de cabrío—,
gallardea una dura artesana;
estotra, espeluznada de sierpes, muestra en frío
gesto, el reloj que mide la parvedad humana.*

*Y ambos a dos, fantasmas abortados
por pavorosa y trágica espelunca,
contra el brío del noble jinete conjurados,
le acosan y le cercan entre un "nada" y un "nunca".*

*¡Vano el cerco y estéril el acoso!
que, arnés y rostro y corazón de acero,
avanza decidido y animoso,
impasible y solemne, el caballero...*

*¡Grave lección la que nos da su fuerza!
buscar la gloria sin temer la herida
y cabalgar, sin nada que nuestro temple tuerza,
por el áspera senda de la vida.*

*Contra toda saeta, una fría coraza;
para toda celada, un sereno heroísmo;
despreciar al cobarde que amenaza
y ser, en todo instante, el dueño de sí mismo.*

*Ni vendaval que apague de nuestra fe la hoguera,
ni precipicio que nos corte el paso;
y, seguro el rendaje y alzada la visera,
saber que hay una aurora después de cada ocaso.*

*¿Qué vale que la selva implique su ramaje
ni que el abrojo a nuestros pies se enrede?;
si la conciencia es recta y sereno el coraje,
la muerte poco importa y el diablo nada puede.*

*Con arnés de desdenes revestido,
¡oh, quién fuera en la vida igual que el caballero
que con buril, de fiebre encandecido,
en esta plancha eternizó Durero!*

MANUEL DE GONGORA.

Henri Bergson

— I —

Quizá no sea aventurado decir que Henri Bergson es, en la actualidad, el más grande y el más original de los filósofos. No negamos la prodigiosa iluminación filosófica que brota del cerebro de Abel Rey, ilustre profesor de la Sorbona, pero creemos que es de más honda trascendencia y está más tatuada de originalidad la filosofía idealista de Bergson que la positivista de Abel Rey; no desconocemos la obra piramidal de Einstein, pero éste más que filósofo es científico, y todos conocemos la diferencia que hay entre la filosofía y la ciencia; apreciamos profundamente la labor gigantesca y fecunda del Conde Keyserling, pero éste es más sociólogo que filósofo; y así, sucesivamente, podríamos hacer análogas argumentaciones respecto de esa constelación luminosa de sabios que ostenta la actual cultura occidentalista (Berdiaeff, Spengler, Le Bon, Messer, Ribot, Janet, etc.). Bergson es, hoy por hoy, el Himalaya entre los filósofos actuales. Encarna la reacción del momento presente contra el positivismo que nació, en el siglo pasado, con Augusto Comte. El positivismo es, en la realidad ac-